



## PREGÓN DE SEMANA SANTA 2009

Pronunciado el día 21 de marzo en la Casa de la Cultura "Miguel Hernández" por D. Manuel Davó Limorte.

Excmo. Sr. Alcalde, Sr. Cura Párroco, Presidente y componentes de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades: miembros de la Corporación Municipal. Señoras y Señores, Albateranos todos, muy buenas noches:

Cuando me propusieron ser Pregonero de la Semana Santa de Albaterra en este año de 2009, confieso que me quedé un instante dudando si aceptar o no, pero fue eso, solo un instante, porque enseguida, desde el fondo de mi ser afloró en mi esta consideración: "¿Cómo no vas a acceder a pregonar algo concerniente a tu pueblo?" y dije sí. Y aquí me tenéis dispuesto a hablaros de un tema que ya han glosado desde este mismo lugar otros pregoneros más documentados que yo.

No voy a hablaros de fechas y hechos ocurridos desde que salió el primer paso a procesionar, pues seguro que estos datos ya los han descrito y explicado mis antecesores, así como tampoco voy a hablar del orden y horarios de las procesiones, pues ya vienen bien definidos en la revista que edita la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades.

Yo voy a centrar este pregón en el recuerdo de tiempos pasados y también de este tiempo, pero...¿Qué es el tiempo? El tiempo es una continuidad implacable, sin límites que en su transcurrir va dejando atrás infinidad de ilusiones y proyectos, rebeldías y conformismos, desengaños y metas conseguidas, amores de locura y odios extraños. Todo lo va dejando detrás, y el tiempo sigue, segundo a segundo, su incesante caminar, viendo nacer nuevas vidas y a otras enterrando, y así ha sido, es y seguirá siendo por los siglos.

Pero hay algo que el tiempo no puede borrar de la humanidad, y ese algo son las tradiciones y los recuerdos, la transmisión de padres a hijos, de abuelos a nietos, de la esencia de sus tradiciones, muchas veces de viva voz y otras plasmadas en escritos con el fin de que perduren para siempre.

Así, en este día en que he sido designado para pregonar la Semana Santa de mi amado pueblo, hecho mano de mis recuerdos y como una nebulosa me viene a la mente aquel tiempo de mi infancia y de mi adolescencia para pregonar a voz en grito aquella adorable Albaterra, más pequeña pero mucho más entrañable y que ahora quisiera tener el don de poder transmitir a los jóvenes de hoy muchas cosas habituales en aquel tiempo y que seguro no conocen.

Jóvenes amigos de Albaterra, ¿sabéis cómo se engrasaban los ejes de un carro?, seguro que no; como tampoco sabréis como se apareja una mula para llevarla en varas; ni las voces arrieras que las bestias entienden; ni habréis visto, y seguramente nunca veréis unos bandos de tordos cubriendo el cielo, como una grandiosa nube de millones de ellos, y no exagero, que venían a comer al gran olivar que entonces tenía Albaterra No, vosotros no conocisteis



los coches de gasógeno; ni sabéis de carreteras de tierra, con más baches que estrellas tiene el firmamento.

Qué sabéis vosotros de cigarrillos de "matalahúva", de mixtos de trueno, de botes con carburo, de jugar al arrimar con perras gordas, de pantalones con remiendos y alpargatas de lona. Perdonad, amigos, pero vosotros no sabéis lo que significaba un día de matanza con toda la familia reunida y colaborando en las tareas de hervir la cebolla y luego las morcillas en la caldera, ni lo que era capolar y embutir; y mantener el fuego de leña todo el día encendido, para en cualquier momento apartar brasas para poner parrillas llenas de magra y morcillas.

Seguro que no sabéis nada de tablachos de madera y regaderas de tierra, donde hacer una parada era una obra de arte; ni las cuadrillas de hombres cavando huertos de granados y limoneros a golpe de legón y azada; ni cómo se garbeaba en las eras para después trillar con trillo y mula; ni cómo se mondaban o fardomaban azarbes y brazales. Tampoco conocisteis la venta de leche, por las mañanas temprano, en todas las casas en donde había ganado de cabras y donde se acudía con ollas o lecheras a por cinco o seis reales de leche, teniendo que hacer, a veces, cola para ser despachado, mientras se comentaban los sucesos y cosas que el día anterior habían ocurrido en el pueblo, a modo de un noticiero hablado en vez de periódicos.

Vosotros amigos míos, no tendréis la más mínima idea de cómo se pisaba la uva para hacer vino, en cubos tapados con tablones de madera, donde se echaba la uva y se iba pisando, generalmente por dos hombres con los pantalones remangados, calzando esparteñas o bien descalzos, echando de vez en cuando pozales de agua a la uva y un espolvoreado de yeso. Casi seguro que ignoráis cómo se hacía la guita, la sogá o la pleita; cómo se aderezaba el esparto poniéndolo a remojo para que pudiera ser manejado por las manos de quienes hacían estas labores que se veían reflejadas en cofas, estivas, seras, capazos, sogas para palmereros o vencejos para atar garbas de cebada o trigo.

Cómo vais a saber todo eso si nacisteis en la era de la electrónica, de los ordenadores, de Internet, del teléfono móvil. va con las calles asfaltadas y agua potable en todos los hogares.

Vosotros os creéis que estoy hablando en chino, pues os resultará extraño desde las faenas hasta los nombres. Pero os aseguro amigos míos que todo esto se daba en nuestra Albaterra, allá por los años 1940 a 1960, y quienes los vivimos añoramos aquellas pequeñas cosas con toda nostalgia y el cariñoso recuerdo hacia aquel maravilloso tiempo pasado.

Y precisamente para rememorar aquellos años de mi infancia y juventud he compuesto un poema que os voy a dedicar y que se titula, no podía ser de otra manera:



## AÑORANZAS

Estas tan lejana, juventud mía, adorable adolescencia que ya, casi ni siquiera los recuerdos te configuran ¡cómo se añora la primavera desde el invierno! ¡cómo se envidia desde la madurez aquella incipiente vida! Juventud mía, loca atropellada, careciendo de todo queriendo ser mayor deprisa, para no conseguir nada sueños de pensamientos inalcanzables, sueños solo ilusiones y metas de cada noche retorcidas en la almohada.

Primer amor idealizado con la pureza de la inocencia desengaño primero, creyendo que el mundo se acaba, volviendo a brotar nuevos amores y sueños con otras caras, juventud de primeros gozos, de tropiezos de caídas y de alzadas.

Eran tiempos de escasez, desde lo más necesario a lo superfluo, todo se movía en torno a expectativas de esperanza, no había medios, ni de casi nada, pero si imaginación y ganas, años mozos de plenitud de fuerzas, de ilusiones y de cómo se llenan de intensa nostalgia mis momentos de ahora, con que alegría complaciente vuelvo a ser joven en el recuerdo después de tantos años vividos, y de lo soñado mucho conseguido, ¡cómo te echo de menos, juventud mía! .... y qué deprisa te has ido.

En aquella Albatera de entonces, las procesiones de Semana Santa se vivían con intensidad y mucha devoción. No había ninguna familia que no estuviese comprometida con alguna cofradía para participar en las procesiones. En aquel entonces el firme de las calles era de tierra y cuando llovía se hacía barro y charcos en la infinidad de baches, motivados por el paso diario de los carros de casi todos los vecinos que se dedicaban a las faenas agrícolas. Casi no había coches en el pueblo, algún que otro camión viejo y destartado para ir a vender cerdos a la mancha y poco más.

Como digo había muchísimos días en que las calles estaban llenas de charcos y de barro, también parece ser que entonces llovía más que ahora, y era penoso sacar los pasos de Semana Santa con aquellas condiciones de barrizal y agua encharcada. Las capas de los cofrades y nazarenos se ponían llenas de barro y pesaban un pecado mortal. A pesar de todo se celebraban las procesiones y el Viernes Santo salían de madrugada, bien de noche todavía, y se terminaba a eso de las ocho de la mañana. Después de terminar había un tentempié en casi todas las cofradías, desde luego no eran los ágapes que se preparan ahora, pues la mayoría de las veces consistían en unas pastas, mantecados "rollicos" y magdalenas regados con alguna copa de anís dulce.

En la mañana de Viernes Santo, después de terminar las procesiones, salían coches de línea de " La Albaterense" hacia la vecina localidad de Crevillente para ver la bajada del Calvario, de los distintos pasos de esa población. Os puedo asegurar que los "albaterenses" iban llenos hasta la vaca, donde había dos filas de asientos para los que se atrevían a ir en ellos sentados.

En aquellos años la resurrección del Señor se celebraba el Sábado de Gloria o de Resurrección a eso de media mañana y ese día nos reuníamos toda la chiquillería y todos los jóvenes del pueblo en la plaza, delante de las "escalericas" de la iglesia, llevando cada



uno un palo o una estaca, o una horqueta, o bien un mazo terrero y hasta que esperábamos el volteo de campanas que anunciaba la Resurrección del Señor, estábamos dando golpes en el suelo al son de un estribillo que no sé lo que significaba, pero que decía algo así como "Maseta palillo, palilio maseta" y pin pan, pin pan, hasta que volteaban las campanas. Entonces como una marabunta se ponía en marcha, a toda carrera, aquella horda, por todas las calles del pueblo, aporreando las puertas, ventanas, persianas o esteras para espantar los demonios, ya que Cristo había resucitado. Muchos vecinos salían a las puertas de sus casas armados a su vez con algún palitroque, para intentar defender que no les rompieran sus puertas y ventanas, pero siempre acababan desbordados por la multitud de palos jóvenes.

Lo que el tiempo no cambia ni varía es el significado y el espíritu de lo que representa la Semana Santa. Una cosa es celebrarla asistiendo y participando en todos los actos litúrgicos, religiosos y en otros más mundanos; y otra cosa es vivirla interiormente, donde cada uno de nosotros hagamos una reflexión de la Pasión de nuestro Señor y hablándonos en voz baja, a nosotros mismos, identificarnos con cada pasaje o hechos de esta, haciendo rezos, ayuno y Eucaristía con el propósito de parecernos cada vez más en nuestro comportamiento, a las enseñanzas de Cristo. De esta forma el vivir la Semana Santa conlleva una purificación del espíritu y durante esos días seguro que se fortalece en nuestras almas el sentido cristiano de amor a los demás, que en definitiva es la esencia de nuestro credo.

Desde siempre, antes y ahora, para mí las procesiones de Semana Santa están basadas en cuatro de ellas, que como cuatro pilares mantienen la esencia de esta celebración. No es que las otras procesiones no tengan mérito, ni mucho menos, todas lo tienen; y es digno de resaltar la incorporación en pocos años de bastantes pasos y cofradías que, con un entusiasmo encomiable, salen a procesionar.

- La primera es precisamente esa, la primera; La procesión de las Palmas, entre esa multitud engalanada que va acompañando y aclamando a Jesús con palmas y olivo en todo su recorrido, hasta el templo. Y yo, mirando a la cara al Señor le digo: "Tu sabías Señor, al llegar a Jerusalén, cual era tu destino, que entre esa multitud exultante se encontraban tus verdugos; asumías que, para redimir al mundo, tenías que padecer castigo, que los que entonces te aclamaban, después quedarían mudos. ¡Aleluya! ¡aleluya!, vas escuchando Señor Jesús, entre palmas y olivo a lomos de una burra, sabiendo que pronto tendrás que cargar tu cruz y que los que ahora te ensalzan te llevarán a la tumba".

- La segunda es la Procesión del Silencio, de la noche de Jueves Santo. Sin duda la procesión con más orden y más seria de las que se celebran. Yo aún recuerdo cuando me vestía de nazareno de "la caída" con vesta negra y capa blanca, que además servía para la del sepulcro ya que eran la misma cofradía "la caída" y "el sepulcro". Y en el silencio de la noche pienso en el Señor de la Caída llevando su cruz, y en voz baja le digo: "Vienes hacia mí en el silencio profundo de la noche, llegas con redoble de tambor que va dando el tono a oscuras, se vislumbra tu figura semicaída en tu trono, nada se oye, y con paso solemne tus nazarenos ponen el broche. Cuando enfrente de mí te detienes, de amargura, casi lloro al



ver tu rostro con muestras de escarnios y dolores, en tu cabeza espinas donde brotan sangre y sudores, pero en tu triste mirada se adivina la esperanza sobre todo".

- La tercera procesión, extraordinaria, es la de Viernes Santo por la noche. O sea, la del entierro. En ella se conjugan la impresionante figura de Cristo Yacente, en su trono de madera tallada y su Madre Dolorosa detrás con el fervor de un pueblo que acompaña con toda solemnidad alumbrando al Señor y a su Madre. Y en esa noche pienso en Cristo que está muerto y no tengo por menos que decirle:

"Tus costaleros soportan un trono de madera tallada dónde vienes Tú Señor, inerte, inmóvil, Yacente, son cuarenta y ocho los que te llevan en andas, pero es toda Albaterra la que te tiene presente. Tras de Ti viene tu Madre, con rostro de sufrimiento, llorando con triste amargura al ir mirando tu lecho; es el dolor de una madre que acompaña a su hijo muerto y siete puñales de angustia han traspasado su pecho".

- La cuarta procesión es la Procesión del Encuentro, seguramente la que a mí más me emociona. En tiempo pasado salía Jesús Sacramentado, bajo palio, y acompañado solamente por hombres a encontrarse en la calle Ancha con la Virgen del Carmen. Recuerdo que eran infinidad de hombres los que iban alumbrando y cantando al Amor de los amores, desde la puerta de la iglesia hasta la calle Ancha. Ahora se acompaña a Jesús Resucitado, con la presencia de San Juan Evangelista y María Magdalena y desde luego la Virgen del Carmen que llega a calle Ancha, donde la espera una multitud expectante y cuando llega y se detiene al principio de la calle, no tengo más remedio que decirle: "¿Hacia dónde corres Madre mía del Carmelo? Vas al encuentro de tu hijo que sabes resucitado, cubriendo tu rostro dolorido con ese negro velo, con el alma llena de pena y el corazón destrozado.

Al final de la calle lo vislumbras y corres desesperada, tres veces caes antes de llegar hasta Él, donde te paras; una mujer te quita el velo y se te nota emocionada, hay miles de aleluyas en el cielo y una sonrisa en tu cara".

Y ya para terminar hacer votos para que esta entusiasta Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Albaterra siga trabajando, de la manera que lo viene haciendo, para que nuestra Semana Santa tenga el esplendor que, en estos últimos años, ha conseguido gracias a su incansable trabajo.

Un recuerdo muy especial para todos aquellos cofrades que han fallecido en este año, rogando a Dios por el eterno descanso de sus almas, haciendo votos para que desde el cielo puedan contemplar cada uno de ellos a sus cofradías desfilando, con la seguridad de que sus hermanos cofrades les echarán de menos y les tendrán siempre en el recuerdo.

Y ahora sí, ya termino, se me acabó el tiempo, pero quiero robaros un poco del tiempo vuestro para recitaros un poema dedicado a algo de lo que más quiero y que se titula:



## ALBATERA

Mira si te quiero, tierra que me vio nacer, Albatera de mi vida que a Dios doy gracias cada día, por pisar tu suelo y cuando estoy lejos de ti, anhelo volver a sentirte enseguida. Si no estuvieras yo te inventaría, Albatera, mira si te quiero. De la nada surgiste, como Ave Fénix, en tierra yerta; fuiste abancalando con mula y trajilla campo y huerta, hiciste del secano campo ubérrimo de variada arboleda; de la huerta hiciste vega y señora de bajura a la palmera.

Conociste años de miseria, de agua de aljibe y calles de tierra, no tenías ni talleres, ni industria, que de comer te dieran, pero tus gentes se aplicaron a negocios de cerdos y de telas, y tus campos se llenaron de oliva, granada, higos, dátiles y brevas.

Supiste resistir épocas malas, a pesar de todo, contra viento y marea y despegaste a golpe de escoba, de pleita y de ladrillo de tejera; tu evolución está marcada por fracaso de industria zapatera y del auge de vendedores ambulantes y talleres de coser telas.

Nadie como tú supo adaptarse a nuevos tiempos y a nuevas eras, te agarraste al progreso con fe sin importarte derribar barreras, te olvidaste de mitos caídos y de costumbres obsoletas porque en el fondo eres liberal, que a todo y a todos respetas.

De tus entrañas nacieron, en partos de médico y comadrona mujeres y hombres, sin estudios ni carreras, que te adoran y de cuyas raíces vinieron sus hijos que te llevan por bandera y se encargan de decir al mundo que tú no tienes fronteras.

Sabes dar amor a los que en ti nacieron, para que te quieran nadie en tu suelo es forastero y sabes mimar a lo que vienen de fuera, acostumbraste a tus hijos a tratar a otras gentes y recorrer otras tierras, por eso propios y extraños te quieren, te admiran y te adoran  
¡¡ALBATERA!!